



RIPS. Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas

Universidade de Santiago de Compostela

ripsusc@usc.es

ISSN (Versión impresa): 1577-239X

ESPAÑA

2005

María de los Ángeles Fernández Ramil

LA CIENCIA POLÍTICA EN EL DIVÁN: LA INTROSPECCIÓN DISCIPLINAR

RIPS. Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas, año/vol. 4, número 002

Universidade de Santiago de Compostela

Santiago de Compostela, España

pp. 11-30

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México



LA CIENCIA POLÍTICA EN EL DIVÁN: LA INTROSPECCIÓN DISCIPLINAR

María de los Ángeles Fernández Ramil

*Universidad Diego Portales
Instituto de Ciencias Sociales*

Asistimos al asentamiento, al interior de la Ciencia Política, de una nueva subdisciplina: la historia de la Ciencia Política. Uno de sus facilitadores ha sido el clima postpositivista que experimentan las Ciencias Sociales y, en particular, el “giro histórico”, que es una de sus características.

Resulta de interés conocer el itinerario genealógico de este campo de investigación, que suministra el primer aparato conceptual para reflexionar sobre el desarrollo disciplinario y abre horizontes de trabajo por vías no transitadas. Sustentado en el enfoque internalista, éste no exento de críticas y limitaciones. Sin embargo, es importante advertir las implicancias que ello tiene para los científicos políticos: conocer las dimensiones históricas de la disciplina contribuirá a sensibilizarlos acerca de las cuestiones filosóficas, morales y metodológicas a la base de los supuestos, prácticas y consecuencias de su quehacer.

Palabras clave: Historia de la Ciencia Política, filosofía de la ciencia, postpositivismo, desarrollo disciplinario, imagen intelectual de la Ciencia Política.

We may perceive the development of a new subdiscipline within Political Science: the history of Political Science. It has been made possible due to, among another factors, growth of the postpositivist climate in the Social Sciences, one of whose characteristics is the “historical shift”.

The genealogy of this discipline leads to the construction of the first conceptual framework of the development of Political Science. Even though it opens new horizons, this internalist approach has critics and limitations. Eventually, it is important to explore the consequences that it has for political scientists: knowing the historical dimensions of the discipline can lead to greater sensitivity to the philosophical, methodological and moral questions about their assumptions, training and consequences of their concerns.

Keywords: History of the Political Science, philosophy of the science, postpositivism, disciplinary development, intellectual image of Political Science.

INTRODUCCIÓN

¿Existe una historia de la Ciencia Política a la que podamos recurrir, al igual que sucede en otras disciplinas? Nos referimos

a una historia, no sólo teórica, conceptual e intelectual, sino también política y profesional, generada a través de su uso práctico (por ejemplo, gobernar, asesorar o comentar).

Distintos autores coinciden en señalar que no existe. Aparentemente, nos encontraríamos con dificultades prácticas para acometer una empresa de esta naturaleza, aunque no dudan en coincidir en su deseabilidad. Advierten, con distintas variantes, la inexistencia de un recuento histórico sistemático de lo que ha sido la disciplina, por varios motivos: de tipo práctico, como es la inexistencia de documentación suficiente o por el ámbito cronológico, más que bimilenario, que debería abarcar, o de tipo estructural, por no haber alcanzado el grado de madurez suficiente como para poder juzgarse a sí misma o por el hecho de que su itinerario se confunde en un nudo con otras disciplinas de las Ciencias Sociales. Se plantea que, si ha habido algún tipo de esfuerzo reflexivo, ha sido obra intelectual de individuos aislados (Mackenzie 1972, 1973; Pasquino 1988, Rose 1990, Anckar 1991).

Si bien seguimos sin una historia comprensiva de la Ciencia Política, es posible constatar en la actualidad una modificación paulatina de esta situación: el surgimiento de una variedad notable de programas de investigación, enfoques y prioridades, que se expresan de manera autorreflexiva, en términos históricos. Si bien no es algo generalizado para toda la disciplina, se advierte un cuerpo creciente de literatura postbehaviorista, de carácter ecléctico y multifacético, que otorga espacio a las antiguas perdedoras de la revolución behaviorista, las que experimentan una especie de rehabilitación: las instituciones, la teoría política, los métodos cualitativos y el enfoque histórico (Smith 1996, Blondiaux 1997, Farr et al. 1999: 20).

El clima que posibilita este estado de cosas es denominado postpositivista y ha servido de asiento para una pequeña subdisciplina de la Ciencia Política que se especializa en la "historia de la Ciencia Política". Si bien se encuentra todavía en estado de "take off" o embrionario, ya a fines de los ochenta no era una exageración sugerir que caminaba a convertirse en un

campo distintivo de investigación (Berndtson 1991, Gunnell 1991, Almond 2001).

Esta empresa intelectual parte del supuesto de que habría una lógica interna a la disciplina que puede explicar, en parte, la forma en que se ha desarrollado a lo largo del tiempo. De acuerdo a este planteamiento, cada cuerpo de conocimiento tiende hacia una relativa autonomía desde su ambiente intelectual y social y, para comprenderlo, se necesita auscultar la forma en que un tipo de discurso tiene sus propias asunciones, lenguaje y lógica, así como su propio criterio para determinar lo que será aceptado como evidencia (Easton et al. 1995).

Para sus impulsores, denominados "nuevos historiadores de la Ciencia Política", la relevancia de este nuevo campo radica en el deseo de comprender los factores, tanto internos como externos a la Ciencia Política, que han sido compartidos en el pasado, lo que permitirá una mejor anticipación y guía para su desarrollo futuro. La historia aparece como una fuente importante de autoidentificación, que pudiera servir al progreso de la Ciencia Política, tanto a nivel teórico como metodológico. Se señala, incluso, que un importante aspecto de la identidad de una disciplina académica, independientemente de lo diversa que ella sea en términos de sus objetos de estudio, métodos de indagación y tradiciones teóricas, es su sentido de "historia disciplinaria" (Dryzek y Leonard 1995, Kenny 2004).

Los objetivos del presente trabajo son, en primer lugar, dar cuenta del debate académico a la base de este nuevo campo de estudio al interior de la Ciencia Política. Resulta de interés en sí mismo reconstruir, aunque suscitadamente, el itinerario o la genealogía de un enfoque analítico y de un proyecto de investigación que, animado por una perspectiva común y sistemática, ha venido estimulando la producción de estudios comparados sobre el desarrollo de la Ciencia Política. En este ejercicio,

la cobertura temática enfatizará la extensión más que la profundización. En segundo término, argumentaremos acerca de las contradicciones, así como las limitaciones, que presenta el enfoque internalista de estudio en su pretensión de posibilitar la comprensión de los desarrollos disciplinares en variados contextos de estudio.

El mapa de ruta se inicia constatando el reencuentro con la historia que experimentan las Ciencias Sociales, con particular hincapié en la Ciencia Política, acentuando el papel del Behaviorismo en el desencadenamiento de las condiciones para que ello aconteciera en Estados Unidos. Asimismo, además de contrastar dicho reencuentro para las tradiciones disciplinares particulares de Estados Unidos y Europa, indagamos en las principales razones que habrían entabado la autorreflexión disciplinaria. Este itinerario no puede desvincularse del debate más amplio sobre los criterios de demarcación y de progreso científico al interior de la Ciencia Política, cuya conexión con lo que a futuro depare el desarrollo de campos tales como la historia y la filosofía de las ciencias pareciera inevitable.

Reconocemos nuestra deuda con las obras de autores norteamericanos, por variados motivos: su predominio numérico, su calidad, su capacidad de expansión, por ser el primer país en institucionalizar profesionalmente la disciplina y por el desarrollo de una reflexión persistente sobre el devenir de la Ciencia Política en su propio contexto (Crick 1982, Ricci 1984, Somit y Tanenhaus 1988, Rose 1990), lo que permite hablar en propiedad de una historiografía disciplinaria americana, un género en inglés de "handbooks" que recoge, tanto la retórica interna de indagación de la disciplina como su búsqueda de identidad (Gunnell 2000: 341).

LA CIENCIA POLÍTICA SE COMPROMETE CON LA HISTORIA

Uno de los aspectos más distintivos del actual momento intelectual es lo que se

denomina el "giro histórico", fácilmente observable en la producción de áreas como las Humanidades y las Ciencias Sociales. Particularmente nítido en Estados Unidos, representa un giro epocal contra la ciencia de la sociedad constituida, al menos en parte, en oposición a la historia luego de la Segunda Guerra Mundial, involucrando una amplia variedad de campos y produciendo una indagación renovada que se expresa, tanto en la construcción de discursos como de investigaciones en historia disciplinaria.

La historia le sale al paso, hoy, a la Ciencia Política. Evidencias suficientes hablan de la importancia de la historia para la Ciencia Política (Jensen 1971, Kavanagh 1991, Collini et al. 1983, Ricci 1984). Pero nos referimos aquí más bien a una "epistemología histórica" centrada en la exploración de cómo, tanto los temas formativos en la construcción teórica como en la práctica analítica, han llegado a ser lo que son, así como de una rehabilitación del enfoque histórico. Es lo que, a decir de McDonald (1996) se refleja en una interacción dinámica y dialéctica entre eventos históricos, práctica histórica y teoría social. "Todo es histórico" es la consigna que cuestiona las dos oposiciones que estuvieron en el origen de la clasificación de dichas ciencias: la antinomia entre pasado y presente, y la antinomia entre disciplinas ideográficas y nomotéticas. Lo que se persigue es una contextualización sistemática de las categorías de análisis de la Ciencia Política (Déloye 2004).

Este movimiento se inscribe en otro más amplio, producto de la convergencia de los cambios producidos en la historia de las ciencias, tanto naturales como sociales, que han avanzado en una transformación sustancial de su autoimagen con base a la reducción de la creencia en un progreso sin límite de la civilización occidental, sí como un creciente escepticismo y una pérdida de confianza disciplinaria, la atmósfera reflexiva que se genera en el contexto postbehaviorista y el impacto específico de

ciertos desarrollos realizados en el estudio de la historia intelectual (Graham et al. 1983, Gunnell 1991). Llegar a este estado de cosas no parece haber sido ni fácil ni rápido. Se han esgrimido motivos tales como los efectos que produce en la disciplina el estudio de la historia de la teoría política; la influencia ahistórica del positivismo, la ideología pragmática liberal (en concreto, para el caso norteamericano) y el carácter aburrido y escasamente romántico de mucho del material de estudio de la disciplina (Gunnell 1991, Gunnell et al. 1995, Gunnell 2002). El impacto del Behaviorismo fue particularmente importante: no sólo fueron las controversias sobre el mismo las que produjeron un impacto significativo en la reflexión sobre la historia del campo, sino que este movimiento pareciera que sólo contribuyó a acentuar un estado de cosas instalado en el corazón de la Ciencia Política americana desde su nacimiento. Un blanco importante de críticas se dirigió hacia la Teoría Política, que fue acusada de abandonar el objetivo de la ciencia. Pero la virulencia en su contra no sólo tenía un acicate científico, como era emular a las Ciencias Sociales. Había, también un componente político: el consenso acerca de cómo el modelo pluralista representaba una comunidad políticamente madura para la sociedad americana de los años cincuenta (Somit y Tanenhaus 1988, Gunnell 1991, Easton 1991, Dierkes y Wagner 1992, Smith 1996, McDonald 1996).

Resulta paradójico, por ejemplo, que los postulados postpositivistas de Kuhn sirvieran para sostener, más que suplantar, las ideas y métodos del Behaviorismo en Ciencia Política, continuando con la promoción de la deseabilidad de un consenso teórico y de unidad dentro de la disciplina (Ball 1987, Stein 2003). El carácter embrionario de estos esfuerzos y las grandes dificultades que enfrentan explican, a juicio de Smith (1996) la creencia de algunos de que los recientes desarrollos sólo han exacerbado la fragmentación de una disciplina aproblemada.

Es más: es posible advertir que, a pesar de que la Ciencia Política se encuentra en proceso de cambio, los líderes más destacados de la disciplina continúan aceptando la metodología científica positivista como la más apropiada para la indagación social, haciendo las cosas como siempre. Esto es particularmente evidente para el caso de la Ciencia Política americana, dominada por una epistemología positivista (Ball 1987, Easton 1991, Smith 1996, Marsh y Savigny 2004). De hecho, la teoría de la elección racional ha emergido, junto al Behaviorismo, como el enfoque más sistemático y científicamente orientado desde los años sesenta. El sentido de autoconfianza en su proyecto de investigación lleva a sus partidarios a considerar que la verdadera Ciencia Política está apenas naciendo y que todavía nos encontramos en la prehistoria de la disciplina (Cansino 1999, Katnelson y Milner 2002, Stein 2003).

EL REENCUENTRO CON LA HISTORIA: ¿UN GIRO AMERICANO O UN GIRO UNIVERSAL?

Se ha afirmado que buena parte de la responsabilidad por la extirpación de la historia del seno de la Ciencia Política debe adjudicarse al Behaviorismo (Pasquino 1988, Johnson 1991, Farr et al. 1999, Déloye 2004). Ahora bien, esta tendencia sería general a la orientación de las Ciencias Sociales en Estados Unidos (Wright Mills 1995). Efectivamente, el divorcio con relación a la historia tiene raíces profundas en la Ciencia Política americana y es posible detectar este rastro desde los primeros intentos de soberanía territorial de la disciplina, en su período formativo (1903-1921) (Somit y Tanenhaus 1988, Katnelson y Millner 2002).

Pero, cabe preguntarse ¿es posible constatar una ansiedad compartida en las distintas comunidades disciplinarias, en su intento por asimilarse a una ciencia de carácter nomotético? A primera vista, la Ciencia Política europea, con su interés por

las estructuras formales, por las instituciones, por los procedimientos, estaba ligada a un enfoque que implicaba una peculiaridad irrenunciable del desarrollo histórico, con una mayor inclinación a focalizar en el Estado y en la historia de los arreglos constitucionales, más que en los individuos y sus actitudes y comportamientos (Pasquino 1988, Newton y Vallés 1991). No quiere decir esto que no se haya visto librada a la influencia de la Ciencia Política americana, particularmente después de la Segunda Guerra Mundial, cuando la enseñanza y la investigación fueron restablecidas y se desarrollaron mecanismos de intercambio y proyectos conjuntos que imprimieron un sello americano a la academia europea. Si bien ninguna comunidad disciplinaria quedó exenta de sus efectos su introducción, o fue selectiva, o bien se combinó con las tradiciones disciplinarias locales de una nueva manera. Más que un impacto concentrado en preguntas, objetos de estudio y métodos de enfoque behaviorista, la influencia se focalizó en un conjunto de consecuencias en materia de organización y de estatus para la profesión (Berndtson 1991, Newton y Vallés 1991, Frogner 2002).

Europa tenía su propia tradición de Behaviorismo, que se desarrolló independientemente y en muchos casos, antes que en Estados Unidos (Tingsten publicó *Political Behavior* en 1937). Existían, además, una serie de prácticas académicas y sociales relativas a los estudios políticos, jugando el Estado en los distintos contextos disciplinarios un rol gravitante a través de su vinculación a la construcción de imágenes intelectuales de la disciplina y sus respectivos campos de discurso sobre el Estado y la política (Von Beyme 1973, Berndtson 1991, Newton y Vallés 1991, Wittrock 1992, Almond 2001). En el análisis comparativo del desarrollo de la Ciencia Política entre Estados Unidos y Europa, el rol del Estado no es un tema accesorio: ambas tradiciones contrastan ya que, para el primer caso, resulta natural el desarrollo de las teorías de

la elección pública y los enfoques contemporáneos del voto frente a la experiencia europea, más situada en preocupaciones colectivas y donde, además, la invocación por un "Estado fuerte" emerge en muchas de sus historias predemocráticas, teniendo en cuenta las tradiciones de teoría normativa ancladas en Europa, así como el desarrollo de la teoría crítica en dicho continente (Pasquino 1988, Rose 1990, Newton y Vallés 1991, Frogner 2002).

RAZONES ADICIONALES QUE PROFUNDIZAN LA AMNESIA DISCIPLINARIA

De la historiografía disciplinaria americana se desprenden un conjunto de razones de tipo estructural que habrían inhibido una más temprana autorreflexión. La literatura disponible, de estudios de casos por países, resulta muy preliminar como para entregar evidencias suficientes que permita generalizar el impacto de cada uno en los distintos contextos nacionales. Es ésta una tarea pendiente.

– La historia de la teoría política o el efecto del camino más corto.

Distintos autores han advertido que la teoría política habría tenido un efecto inhibitorio, actuando como una especie de atajo explicativo, a la hora de enfrentar a la Ciencia Política con su historia (Easton 1981, Gunnell 1983, 1991, 1993, 2003, Ricci 1984) De manera particular, Gunnell afirma que se debe indagar la explicación principal en las características estructurales del campo y su historia, que descansa en una asunción general según la cual ésta se remite a la tradición de reflexión que nace en la Grecia clásica. Ello no habría servido sólo como intento para proveer una dimensión histórica ilustrada de la identidad de la Ciencia Política, sino para establecer un linaje que validaría los principios democráticos a los que estaba dedicada. Colomer (2004) avanza en indicar que, inclusive, la identificación de los

estudios políticos de la "teoría" con los "clásicos" es extemporánea respecto de todas las demás Ciencias Sociales, en ninguna de las cuales se mantiene ya tal veneración.

Sin embargo, llama la atención el sentimiento ambivalente que despierta la historia del pensamiento político al interior de la disciplina: no sólo es un reducto depositario de la confianza histórica, sino que también genera rechazo. Ya hemos indicado el lugar que la historia del pensamiento político ocupaba en la imagen behaviorista de la ciencia y de la teoría.

Esta situación parece haberse revertido. Se ha producido una tregua, en la convergencia con la historia y, en el subcampo de la teoría política, se constata, no sólo un compromiso con ésta, sino con la reflexión sostenida sobre los métodos históricos de interpretación textual. Se asiste a una nueva autoconciencia y a una atención renovada en términos de filosofía política, que refleja métodos verdaderamente históricos y el reconocimiento del significado actual de los textos clásicos, en un intento por trazar las tradiciones históricas actuales. Encontramos, así, desde "la nueva historia del pensamiento político" asociada con la obra de Quentin Skinner, J. G. A. Pocock y John Dunn, hasta el impacto de las "genealogías del conocimiento/poder" postestructuralistas y postmodernistas, asociadas a la obra de Michel Foucault (Jones 1983, Collini 1983, Gunnell 1983, Wittrock 1992, Smith 1996, Smith 1997, Blondiaux 1997, Farr et al. 1999, Gunnell 2003, Gunnell 2004).

– El presentismo: ¿una espada de Damócles disciplinaria?

Íntimamente vinculado al fenómeno anterior, se registra el recurso al presentismo, tentación siempre encubierta en los ejercicios de historiografía disciplinaria (y que, en la versión particular anglosajona, se denomina "Whig"). Se denomina así a la selección de eventos el pasado que se

hace, consciente o inconscientemente, en términos de objetivos presentes. La historia de las ciencias está plagada de ejemplos de reproducción de una ideología de la ciencia que refleja, principalmente, los intereses de legitimación de la profesión científica, centrada en el papel de "los grandes hombres" y con una visión secuencial de tipo lineal y acumulativo de descubrimientos (Graham et al. 1983, Gunnell 1991, Easton et al. 1995). El otro dilema latente es la tentación a utilizar las visiones del pasado como un instrumento de legitimación disciplinaria y crítica. Ello nos lleva directamente a la reflexión sobre las funciones y usos de las historias disciplinarias y cómo éstas pueden subsumirse bajo la categoría más amplia de legitimación (o deslegitimación) de estrategias cognitivas de las historias disciplinarias. No queda al margen el uso estratégico de las mismas y los correlatos políticos de dicha utilización, por lo que se convierten en herramientas poderosas para estructurar la percepción de las historias intelectuales. Por tanto, podemos llegar a distinguir diferentes grupos que producen historia de la ciencia, diferentes públicos a los que se dirigen y diferentes usos para los que son escritas. Ello revela, no sólo la utilidad que éstas pueden llegar a tener, sino que pueden ser entendidas como reflejo de ideologías de la ciencia, teorías epistemológicas y sistemas de creencias sociológicos (Graham et al. 1983, Gunnell 1991).

– La identidad disciplinaria: una dilogía shakesperiana.

La pregunta por la identidad es una constante en los debates disciplinarios, en el marco de un recurrente y obsesivo interés en el estado de la disciplina (Ball 1987). Para Gunnell (2002), que habla de las frecuentes crisis de la Ciencia Política ello se deriva, en parte, de las particularidades de la disciplina, pero también son endémicas a las Ciencias Sociales en general, como producto de sus ansiedades persistentes acerca de su estatus cognitivo como cien-

cia, problemas de demarcación profesional, la cambiante y variable naturaleza de su objeto de preocupación y el tema de su relación práctica con éste. A su juicio, estas crisis, generadas por controversias acerca de la futura dirección del campo, así como sus pasadas deficiencias y condiciones, siempre han tenido una dimensión histórica.

Está claro que la disciplina presenta problemas (Lynn 1983, Negretto 2004). Algunos de ellos son la carencia de un paradigma central y la evidencia de una notable ausencia de preocupaciones metodológicas. Para autores como Johnson (1989) y Crick (1982) la imprecisión de lo que es la política también contribuye a este estado de cosas. Resulta interesante pesquisar históricamente estas preocupaciones en las que un lugar importante lo ocupaba lo nebuloso de su objeto de estudio, con un persistente interés por diferenciarla de otras que profesaban intereses similares, especialmente la historia (Jensen 1981, Collini et al. 1983, Ricci 1984, Somit y Tanenhaus 1988, Kavanagh 1991, Déloye 2004).

La afirmación de que la Ciencia Política carece de un verdadero centro cobró importancia gracias a la metáfora de Almond (1999) de las "mesas separadas". Su tesis central es que asistimos a una disciplina dividida en campos ideológicos y metodológicos confrontados y no existe un debate central en el que converjan las diferentes vertientes de la misma. Esta tesis supuso una ruptura heurística con la tradición incrementalista de la Ciencia Política, basándose en el reconocimiento de dos vertientes irreconciliables, la primera de carácter metodológico y la segunda, de corte ideológico. No es el lugar preciso para detallar sus planteamientos, sino más bien los coletazos que éstos produjeron, caracterizados por cierta consternación al interior de la disciplina y la reiteración de preguntas esenciales acerca de si existe un centro en la Ciencia Política contemporánea, si debiera haberlo y la importancia de

la comunicación entre los diferentes ámbitos disciplinarios (Monroe 1990, Wittrock 1992). En épocas más recientes, Almond señaló que lo que unifica a la Ciencia Política es la práctica académica rigurosa y objetiva en torno al concepto central de organización del poder, con referencia a las instituciones que tienen el monopolio sobre la violencia o la coerción (Almond 2001, Cansino 1999).

Voces menos atribuladas como las de Katznelson y Milner (1999) señalan que, si bien se carece de un paradigma definido, ello no significa ausencia de una identidad definida. Ésta vendría dada por una orientación pragmática al estudio del Estado y de la democracia liberal de una manera sistemática y transparente, así como a la naturaleza y estabilidad de los regímenes político-liberales. Por su parte, Dogan (2001) indica que no hay por qué lamentarse: la fragmentación es el resultado de la especialización. La división de la disciplina en subcampos tiende a institucionalizarse. Considera un valor que la Ciencia Política sea extravertida, ya que garantiza su creatividad.

APROXIMACIÓN A UNA CARTOGRAFÍA TEMÁTICA DE LA HISTORIA DISCIPLINARIA

Al momento de iniciar el trabajo sistemático de introspección disciplinar, emerge un conjunto de temas que tienen un carácter exploratorio y que trazan los primeros intentos de discusión en la evolución de este nuevo campo. Constituyen los elementos básicos de encuadre para el desarrollo posterior de la subdisciplina, no sólo como marco analítico para los estudios de caso, sino para el estímulo de la política comparada. La Ciencia Política consiste en muchos elementos y, aunque la referencia a su evolución implique múltiples dimensiones, debe intentarse la identificación de unos como más importantes que otros. Dada la ausencia de una integración teórica aceptable de la disciplina, todo lo que es posible plantear es un conjunto de

lineamientos de indagación histórica al interior de una disciplina en evolución, y con carácter preliminar, en la perspectiva de describir y descubrir la forma en que la Ciencia Política ha llegado a tomar su forma actual en distintos países a lo largo del tiempo (Easton et al. 1991, Easton et al. 1995).

1. El inicio de la Ciencia Política como disciplina:

Surgen problemas cuando se intenta especificar cuando comienza la Ciencia Política, tales como los criterios de distinción entre las disciplinas, o lo que Berndtson (1991: 49-51) denomina "las relaciones entre las disciplinas científicas como problema" o los parámetros de división entre la vieja y la nueva Ciencia Política (los estudios políticos que anteceden a una práctica académica institucionalizada). Es importante formular una visión dinámica de las relaciones entre las disciplinas de las Ciencias Sociales, dado que éstas no son estáticas ni eternas, y visualizar qué modalidad de reordenamiento puede producirse entre ellas, bajo los efectos de la globalización.

2. Influencias en su desarrollo: autonomía y contexto:

Los conceptos de autonomía y contexto son controversiales. Para el primer caso, pudiera referirse, no sólo en su relación con otros campos (o ecología académica), sino su vinculación con la empresa científico-social como un todo y con las prácticas políticas, en general, así como con cuestiones metodológicas, relativas a la comprensión de la historia del campo, en donde emergen preguntas acerca de cuánto puede ser atribuido a los factores del medio y cuánto a las dinámicas intelectuales intrínsecas a la disciplina. Pudiera asumirse que la Ciencia Política, en gran medida, toma forma y se autodefine en respuesta a la configuración de la política en una sociedad dada, pero aquí también surgen preguntas acerca de si es posible concebir un cuerpo universal de conocimiento con

posibilidad de trascender las tradiciones locales y la cultura en la que está inserta.

En el segundo caso, resulta dificultoso encontrar una definición unívoca ya que puede entenderse como influencia, impacto, contribución, causa, interacción, etc. Una visión restringida nos remitiría a la naturaleza de las instituciones académicas y a la universidad, o bien a un conjunto de eventos sociales y políticos particulares. Una visión amplia incluye a la sociedad completa, su estructura social y el modo de producción.

Mención aparte merece el tema de si la Ciencia Política ayudaría a modelar el contexto por el cual ella misma se ve influenciada. Otro tema relevante es el relacionado con la transferencia de conocimiento de un país a otro, la vinculación centro-periferia y la preocupación por el posible imperialismo disciplinario americano sobre las comunidades locales.

Gunnell (1991, 1995) llama la atención sobre la importancia de poner el acento en las reflexiones histórico-críticas de carácter interno, dando su exacto lugar al papel del contexto. Advierte el peligro de posicionar contextos que son poco más que constructos sociológicos reificados y en asimilar contextualización con comprensión, por la vía de la yuxtaposición. A su juicio, la historia de la Ciencia Política es la historia de la evolución interna de la disciplina. Es éste un tópico de difícil resolución, por cuanto la literatura lo perfila en modalidad dicotómica: historias internas vs. historias externas. Por ejemplo, Graham et al. (1983) afirman que los funciones de las segundas se acercan más bien al ámbito de los estudios sociales de la ciencia, enfatizando los análisis sistemáticos que focalizan en las condiciones de historicidad del desarrollo científico, con pretensiones de justificación de la función social de la ciencia, al mismo nivel de otras áreas de desarrollo social. Se reconoce que, en el más vasto campo de la sociología de la ciencia, la perspectiva externalista está más desarrollada y

ofrece más recursos (Torres Albero 2001). Sin embargo, la dimensión interna, que es en la que habría que colocar el acento a juicio de los nuevos historiadores de la Ciencia Política, los logros son más escasos y pobres. ¿Qué contendría la dimensión interna? De acuerdo a Schmidt (2003), que realiza un ejercicio similar para el caso de la historiografía de las Relaciones Internacionales, estaría compuesta por el sistema universitario, las fuentes de financiamiento y las normas profesionales, debiendo ser contrastadas con el foco externo.

En los debates desarrollados se ha dedicado especial energía al grado en que el crecimiento de la Ciencia Política y su sentido de identidad depende de un contexto político (régimen político) en el cual exista amplio acceso a la información e, inclusive, a los centros donde se produce el acceso a la toma de decisiones. Es éste el factor externo al que se le ha prestado más atención, comparativamente. Dado que la disciplina también ha encontrado espacio en regímenes no democráticos, es importante atender a los efectos que tendrían sobre la Ciencia Política. Si se asume que la democracia hace la diferencia, al menos en aquellos contextos en los que este tipo de régimen y la Ciencia Política han coexistido, surgen dos temas fundamentales: a) Cómo distinguir el efecto de los cambios sociales generales de los efectos específicos de los regímenes políticos y b) cómo descomponer la idea global de régimen democrático en sí misma, de manera de posibilitar la distinción de los tipos de efectos que los distintos elementos de estos regímenes tendrían sobre el desarrollo de la Ciencia Política. Surgen también diferentes tipos de preguntas orientadoras cuando hablamos de los aspectos empíricos vs. los aspectos ideológicos de la democracia. Una senda particularmente atractiva es la de explorar los efectos de las diferentes ideas sobre la democracia prevalecientes en un sistema sobre los aspectos variados de la Ciencia Política. De hecho, muchas interpretaciones contemporáneas argumentan

que la Ciencia Política toma su carácter, inclusive sus sesgos, desde un basamento ideológico de democracia. Es el caso de los Estados Unidos y la influencia del medio democrático liberal en la manera en que se ha desarrollado la indagación política americana. Este ha sido un tema de reflexión recurrente entre los científicos políticos americanos. Siendo la tradición liberal la ortodoxia política americana, resulta posible identificar un conjunto de postulados que han constituido un conjunto de preceptos dentro de los cuales la disciplina tendría que operar (Seidelman 1984, Ricci 1984, Berndston 1991, Wittrock 1992, Löwi 1992, Ball 1999, Katnelson y Milner 2002). Para Inoguchi (2003), la Ciencia Política americana ha llegado a ser instrumental en la promoción del estilo de democracia americana afuera de sus fronteras.

3. Desarrollo y especialización:

Hablar de desarrollo en Ciencia Política no es un asunto fácil. Si ello supone progreso, sería necesario preguntarse por los criterios de evolución de la disciplina. El tema de la especialización se asocia inmediatamente con uno de los álgidos y críticos, puesto que remite a problemas vinculados a las dificultades de un conocimiento fragmentado a la hora de su aplicación a problemas sociales concretos. Igualmente, emergen los problemas propios de la comunicación entre cultores, no ya de aquellos que investigan en una misma área, sino a través de distintos subcampos.

4. Estudio de casos versus estudios comparados:

Emerge como una dificultad creciente el problema de la generalización así como también delinear categorías de análisis comparado como casos de estudio de la historia de la disciplina en distintos países. Debe notarse que, en el intento por hacer comparaciones, es necesario tener en cuenta el problema del carácter limitado de ciertos conceptos desarrollados en un contexto disciplinario específico y que esta dimensión está vinculada a temas metodo-

lógicos involucrados en la escritura de cada historia. La generalización comparativa es un aspecto crítico en relación a la posibilidad de generar algún cuerpo universal de conocimiento político y si ello pudiera implicar un lenguaje universal para hablar acerca de la política. Este es un aspecto que se vincula con temas de Filosofía de la Ciencia.

5. Difusión versus desarrollo paralelo:

La importancia de distinguir entre desarrollo paralelo independiente y difusión de un país hacia otro emerge como un tema central y se vincula con temas controvertidos. Siempre latente, permanece la idea de la hegemonía de la Ciencia Política americana pero surge también la preocupación por demostrar la existencia de tradiciones autónomas de indagación política en distintos países. La importación no significa, necesariamente, clonación. Cuando ha sido importada, la disciplina ha experimentado adaptaciones y aplicaciones. Los intercambios no fluyen en una sola dirección y está la evidencia de la comunicación existente entre Europa y Estados Unidos a lo largo del tiempo (Von Beyme 1973, Crick 1982, Somit y Tanenhaus 1988, Rose 1990, Almond 2001). Similares preocupaciones se encuentran en el campo de las Relaciones Internacionales: la factura norteamericana de la disciplina la habría moldeado, elevando con carácter universal la visión de mundo, los intereses americanos extrapolados y el estudio de las relaciones de Estados Unidos con otros países, aunque hoy se levantan voces reclamando su configuración como fruto de una empresa multicultural (Hoffmann 2001, Crawford 2001, Jarvis 2001, Stein 2003).

LOS DEBATES DE UN DEBATE INTERMINABLE

Katznelson y Milner (2002) citando a Lindblom, recuerdan que la Ciencia Política es un nombre dado, no a un campo de indagación científica convencional, sino

que a un debate continuo, que tiende a ser infinito más que a declinar. Esta dinámica pareciera capturar de mejor forma la especificidad de la disciplina como un proceso continuo de indagación comprometido con la comprensión fundamental de los temas políticos. Anckar y Berndtson (1987) reafirman esta idea cuando constatan que las diferencias de opinión prevalecen, tanto acerca del significado de la política como de su condición de ciencia, y que los académicos que intenten analizar estas disputas pudieran sentir que el estudio de la historia de la Ciencia Política se parece a un laberinto sin fin.

Siendo así, no podían faltar las controversias en la carrera de la subdisciplina que hemos tratado de reconstruir. Un registro muy resumido en español se encuentra en Jerez (1999). Desde las Relaciones Internacionales, Schmidt (2002) reconoce que la Ciencia Política ha comenzado a examinar más determinadamente su historia disciplinaria, surgiendo diversos debates teóricos y metodológicos sobre lo que, en general, constituye propiamente el análisis histórico y, particularmente lo que está en juego en la construcción de historias disciplinarias.

El primer debate se relaciona con el método y el propósito de la historia disciplinaria, y su relación con la práctica de la indagación en Ciencia Política. Dryzek y Leonard (1995), que se sitúan en el ámbito que postula la elaboración de propuestas de una historiografía postempiricista que enfatice el progreso, la diversidad y la comprensión textual, argumentan que hay un vínculo importante entre ambas y que las historias apropiadas pueden contribuir al progreso de la investigación en Ciencia Política. Inspirándose en el esquema filosófico-interpretativo de Lakatos acerca de cómo las reconstrucciones de la historia de la ciencia natural pueden servir como vehículo de evaluación de la racionalidad científica, señalan que ello es igualmente posible para la Ciencia Política. Postulan la inevitabilidad de orientaciones de in-

vestigación plurales, saliendo a flote nuevamente lo que debe entenderse como historia externa e interna y los factores particulares considerados en ambos enfoques.

El segundo nivel de debates se ha centrado en la supuesta influencia del molde americano de la Ciencia Política en el resto del mundo. La pregunta, formulada por Gunnell (2002), es hasta qué punto se puede seguir hablando de una ciencia americana de la política, en condiciones de que ésta, desde la mitad del siglo pasado, ha emigrado a distintos contextos, recibiendo la influencia de componentes locales. De manera sucinta, este debate puede denominarse "Americanización vs. Internacionalización disciplinaria". En este ámbito, el primer blanco de críticas se dirige a la visión de la disciplina que se desprende del Nuevo Manual de Ciencia Política (2001) editado por la Internacional Political Science Association (IPSA) y cuyos autores son R. Goodin y H. D. Klingemann. Stein (2003) recoge las críticas de Schmitter, para quien, si bien la disciplina estaría convergiendo incrementalmente alrededor de un conjunto de conceptos, asunciones y métodos, acelerada por las fuerzas de la globalización, encuentra una posición ciertamente desbalanceada en el referido Manual, conjeturando que ello sería producto de una asociación global para servir como agente, en el marco de una perspectiva que denomina "americanización cum transatlantización". El mismo autor recoge siete tesis que recogen el estado actual del mainstream que profesan los científicos políticos, en la que ninguna escaparía a la influencia y al molde americanos. Contrapone a ello la visión de una Ciencia Política europea completamente diferente, más intelectual que profesional, más relevante políticamente y más contextual en términos de tiempo y espacio, que su par americana.

Otros autores como Marsh y Savigny (2004) coinciden con esta visión, señalando que el enfoque adoptado en dicha obra es

positivista porque el positivismo domina en la Ciencia Política americana y, en consecuencia, en la Ciencia Política como disciplina. Además, señalan que el pluralismo disciplinario, en la óptica de Goodin y Klingemann, es más una aspiración que una realidad.

Gunnell (2002), por su parte, ha efectuado el balance más acabado con que se cuenta de los handbooks sobre la historia de la Ciencia Política americana, concluyendo que las visiones existentes permanecen ancladas en la imagen americana de la disciplina, destilando presentismo y Whiggismo, careciendo de una perspectiva histórica adecuada y miopes a las dinámicas crecientes de migración y transformación internacional de la Ciencia Política. Este mismo autor, en cierta sintonía con la visión de Schmitter, plantea su preocupación acerca de la inclusión de un capítulo sobre la historia disciplinaria según la particular visión de Almond que es, a su juicio, un reflejo fiel de la idea americana de lo que es la indagación política, en el Manual anteriormente referido. No sólo eso: advierte que Almond argumenta en contra de una visión más pluralista de la disciplina, con una visión distintivamente americana, insensible a las reflexiones y contribuciones desarrolladas en el campo de la historia disciplinaria.

Goodin y Klingemann (2003) formulan sus descargos: indican que no utilizaron criterios de corte geopolítico para seleccionar las contribuciones incluidas en dicha obra, que su visión de la ciencia es de corte popperiano, según la secuencia "conjeturas y refutaciones", sindicando en los argumentos de Schmitter ciertos tintes de pseudomulticulturalismo y justifican la elección de autores que los críticos califican como "ganadores" en la historia disciplinaria, no valorando lo que ellos denominan "académicos de segundo orden" que serían, según sus apreciaciones, los mismos que advierten sobre la importancia de las historias disciplinarias en Ciencia Política.

EL FUTURO DE LA HISTORIA DISCIPLINARIA: APRENDIENDO A MIRARNOS FRENTE AL ESPEJO.

Los debates resumidamente informados remiten a otro tipo de preocupaciones: las relacionadas con el mantenimiento de estándares comúnmente aceptados en la Ciencia Política que, de alguna manera, permanecen latentes desde el lanzamiento de la tesis almondiana de las "mesas separadas". Determinar lo que será aceptado como evidencia forma parte de la lógica interna de la disciplina por lo que los debates generados en la construcción de un nuevo campo disciplinario podrían resultar académicamente estratégicos a los fines del futuro asentamiento de dicho campo.

Aún a riesgo de caer en la simplificación, las distintas posiciones en pugna podrían ordenarse como sigue:

- Los gatopardistas: postulan que no hay que inquietarse por la falta de unanimidad disciplinaria. Han sido recurrentes en la Ciencia Política patrones cíclicos que muestran que, luego de la aparente división, emerge el sentido. Resulta posible observar ciertos compromisos y problemas que pueden trazarse a través de la vida de la profesión, existiendo una regularidad casi cíclica en la manera en que los científicos políticos han adherido a la idea de una política científica y, luego, se han decepcionado de la misma (Somit y Tanenhaus 1988, Smith 1996, Ball 1987). Estas actitudes parecen compartir el mismo sentido de confianza que se observa en disciplinas como la Sociología y más concretamente para el campo de la "nueva historia". A juicio de Jones (1983), si el éxito de la producción continúa (journals dedicados al tema, sociedades especializadas, un lugar especial en el currículo), debería generarse luego el disfrute de –al menos– los beneficios asociados típicamente a las "ciencias normales".

- Los escépticos: reconocen que, si bien existe ahora un sano eclecticismo en la disciplina, puede que no sea el fruto de un debate fértil y saludable, sino más bien la concreción de un conjunto de enclaves académicos autocontenidos (Seidelman y Harpham 1985).
- Los recalitrantes: denominamos de esta forma a Almond y a sus seguidores, que son la mayoría dentro de la Ciencia Política (al menos, en la americana, como ya hemos informado), quienes no observan discontinuidad con la evolución de la disciplina. Las diferencias se asentarían en los tipos de métodos y en los recursos disponibles, pero con la ventaja actual de disponer de un conjunto de metodologías mucho más poderosas (Cansino 1999)
- Los pluralistas: identifican el pensamiento de los "nuevos historiadores" de la Ciencia Política para quienes no existe una visión continua ni necesariamente orientada en torno a un sentido compartido de identidad. Existen distintos idiomas de indagación de la práctica de la política científica. La supremacía no vendría dada por el método: ésta debe ser establecida a través de la escritura de una historia de la disciplina que pueda identificar, tanto los éxitos como los fracasos de sus competidores (Dryzek y Leonard 1995, Goodin y Klingeman 2001).

Stein (2003) intenta estimular niveles de compatibilidad o de interfase entre los que se inscriben en la nueva corriente de las "nuevas historias disciplinarias" y los que reclaman criterios de cientificidad, cercanos al canon científico. Indica, como referencia posible, el ejemplo de Terence Ball, quien enfatiza la importancia de "tradiciones de investigación" en competencia, definidas como un conjunto de asunciones generales sobre las entidades

y procesos de un campo de estudio y sobre los métodos apropiados para ser usados, en orden a investigar los problemas y construir teorías en ese campo. Sus criterios para un programa de investigación progresivo son: más compatibilidad con la historia actual de la ciencia social que su predecesor, que permita subjetividad, relativismo e irracionalidad y que provea, no solamente de un relato meramente descriptivo del cambio científico, sino de una teoría del progreso científico. Se inspira en el concepto de "falsificación sofisticada metodológica" de Lakatos. Sin embargo, Stein mismo no está totalmente convencido de esta propuesta, que no logra superar las críticas de relativismo científico de las que es objeto.

EL ENFOQUE INTERNALISTA COMO BASE DE UNA SUBDISCIPLINA HISTORIOGRÁFICA Y SUS PIES DE BARRO

Hemos señalado cómo se ha ido configurando un campo nuevo, al interior de la Ciencia Política, que postula la posibilidad de un enfoque analítico y de un proyecto de investigación de carácter común y sistemático, que pudiera servir de guía para la producción de estudios comparados sobre el desarrollo de la Ciencia Política. Se ha indicado que su opción teórica y metodológica es internalista, esto es, la comprensión de conceptos y el cambio conceptual que se desarrolla, tanto en el contexto de la evolución de la conversación como en el plano de ciertas configuraciones de los discursos y las prácticas académicas. En un intento por marcar distancias con la Sociología del Conocimiento, sus impulsores rechazan casi radicalmente el contextualismo (la presunción del protagonismo absoluto de los eventos externos sobre las historias disciplinarias) que sería inherente a este campo de estudio, enfatizando que, para la autorreflexión disciplinar en Ciencia Política, el contexto debe ser comprendido como el mundo disciplinario y profesional en el que ésta se asienta (Gunnell 1993, 2004).

Sin embargo, observamos ciertas contradicciones puesto que la elección por un determinado tipo de enfoque en el campo de la historia disciplinar de la Ciencia Política sería todavía un tema en disputa. Así lo asevera Kenny (2004) al informar que, entre los historiadores de las disciplinas académicas existen tres líneas particulares de debate que han emergido en torno a la debatida idea de "historia disciplinaria". Añade que la tercera de ellas se refiere a un debate existente entre los historiadores americanos de la Ciencia Política que focalizan en si las características y desarrollos de las disciplinas académicas deberían explicarse, bien a través de la adopción de un foco "externo" centrado en el contexto político y social o bien enfatizando los desarrollos discursivos y los cambios conceptuales que se refieren al carácter interno intelectual de la disciplina. Indica, para nuestra sorpresa, que ahora se estaría produciendo un consenso creciente a favor de un atenuamiento de esta dicotomía, combinando ambas perspectivas interpretativas. Este tercer debate, centrado en si los factores sociopolíticos son prioritarios o si se asume la prioridad causal de los desarrollos intelectuales en sí mismos, es el menos útil para los científicos políticos, a su juicio, ya que le otorga un carácter artificial de separación conceptual y presenta reminiscencias familiares a los debates sobre agencia-estructura.

En segundo lugar, la promoción del enfoque internalista para la conducción de los esfuerzos historiográficos en Ciencia Política presenta sesgos evidentes. El primero, su inclinación por una opción que, si ha dado resultados, ha sido en el campo de la reflexión historiográfica de las Ciencias Naturales. Así lo confiesa Gunnell (2004) cuando señala que, además de alterar el énfasis en la distribución característica de buena parte de la producción académica en la materia que han empleado una variedad de enfoques contextualistas, evitando los problemas involucrados en estos enfoques, se asume que la Ciencia Política

en sí misma y su ubicación universitaria, tal como en el caso de las Ciencias Naturales, es el contexto más relevante. Si bien no duda de la necesidad de contar con sensibilidad contextual, pone como ejemplo la teoría de la evolución biológica, en la que las constricciones medioambientales serían secundarias a las posibilidades orgánicas y a los accidentes (Easton et al. 1995). Incluso en éstas, y sobre cuyos casos se asientan la mayor parte de las veces los textos de Filosofía de la Ciencia, se tiende a presentar una imagen altamente formalizada del método científico y a evitar la singularidad de los lugares en los cuales tiene lugar la investigación científica. Se elude, de esta forma, la comprensión de la empresa científica como el producto final de un proceso complejo de legitimación en la identificación de conocimiento de autoridad que es influenciada por el contexto social en el que se produce dicho conocimiento.

El segundo sesgo es su intrínseca relación con la historiografía disciplinar de factura americana, lugar donde ha arrojado los más fructíferos resultados. Evidentemente, este mismo artículo no se sustrae de la referencia inevitable a la literatura historiográfica de cuño americano. Pero nos interesa que su recurso se interprete, en este caso, tanto como una manifestación del carácter y evolución del género historiográfico como por cumplir un rol conceptual, de información e inspiración, prestando una referencia inicial para responder a las interrogantes que surgen de la autorreflexión disciplinaria (Sola 1996, Gunnell 2002, Stein 2003, Inoguchi 2003).

Por otra parte, los esfuerzos de producción intelectual en los que se asienta el marco de estudio teórico y metodológico que promueve el enfoque internalista para la autorreflexión disciplinar parecieran basarse en un esfuerzo de colaboración intercontinentes, intentando responder a la pregunta de en qué medida la Ciencia Política ha producido un cuerpo de conocimiento político que trascienda los ámbitos nacionales y regionales, facilitado por

el clima de introspección generado por el postbehaviorismo y que ha llevado a la Ciencia Política americana a una disposición de apertura y encuentro con otras comunidades disciplinarias (Blondiaux 1997: 10). Basta para ello revisar las colaboraciones de las dos obras más macizas que compendian este itinerario disciplinar: *The development of Political Science. A comparative survey* (1991) y *Regime y discipline. Democracy and the development of Political Science* (1995). Jerez (1999: 40 y 41) refleja en buena medida el derrotero bibliográfico más amplio de este esfuerzo de introspección de la disciplina. Sin embargo, la instalación del enfoque internalista como el más indicado para desarrollar esfuerzos de historiografía disciplinar avalados por instancias como la Asociación Internacional de Ciencia Política, que los ha sustentado, inspirados evidentemente en el caudal de la historiografía americana, nos enfrentan a la emergencia de proyectos que pretenden constituir comunidades académicas institucionalizadas, ahora a nivel transnacional, en base a preocupaciones parroquiales y localistas una única factura. En este caso, la producción historiográfica americana y sus narrativas, historias y metáforas condensados en un conjunto de textos, que no emergen sólo con modestas aspiraciones referenciales, sino con pretensiones de autoridad y hasta de recomendación normativa, para validar el subcampo de estudio y un determinado enfoque que, por el tenor de los debates, presenta como legítimo, aunque sobrees-timado.

Un problema adicional, ya no de corte político ni epistemológico, sino metodológico y práctico se observa cuando, efectivamente, se intenta utilizar el enfoque internalista para la autorreflexión disciplinar. Si queremos analizar las prácticas discursivas, enfatizando el desarrollo de argumentos internos al interior de la disciplina y las marcas immanentes que son intrínsecas al desarrollo interno del campo, resulta una condición material nece-

saría disponer de fuentes de información que revelen y arrojen dichos discursos. Gunnell (2004) ha trabajado exhaustivamente dicho enfoque para el caso de la Ciencia Política norteamericana y, además de señalar que existen razones circunstanciales para adoptar dicho enfoque en ese caso, puesto que la disciplina y la profesión se han desarrollado, en ese país, de forma completamente independiente de lo que debería ser visto como el contexto social y político general, plantea el recurso a examinar libros, artículos y otros documentos o fuentes primarias variados. Sin embargo, en múltiples contextos disciplinarios es posible identificar niveles sensibles de afasia y de agrafía disciplinar con carencias significativas de textos que sirvan como puntos de referencia o registros de prácticas científico-sociales susceptibles de analizar. Ello se produce, tanto en situaciones en las que el régimen político no ha posibilitado su desarrollo, con niveles de institucionalización precarios o inexistentes como en contextos democráticos, donde sus cultores deben invertir esfuerzos para justificar su producción y su relevancia, explicando la potencial utilidad y relevancia social de su campo de estudio y de los productos que de él emanan (cabildeo, marketing, sensibilización de la opinión pública y de las élites), desviando energías y recursos de la producción disciplinaria misma.

En resumen, la empresa de configuración de una subdisciplina historiográfica de la Ciencia Política podría estar siendo contaminada por la ideología del "excepcionalismo americano". El mismo Gunnell (1993, 2004) lo advierte cuando señala que, de todas las Ciencias Sociales, y así también lo reconoció en su momento Bernard Crick, la Ciencia Política es una empresa particularmente americana debido, entre otros factores, a la relación especial que ésta ha establecido, desde sus orígenes, con la política americana, inserta en un fenómeno más amplio que es la relación entre la academia americana y la vida pública. Es más: señala que la disciplina y

la profesión se han desarrollado completamente independientes de lo que debería ser visto como contexto político y social, a diferencia de Alemania y otros países europeos. Luego, enfatiza esta idea también cuando, citando a Ross, señala que las Ciencias Sociales no sólo fueron producto del modo de pensar excepcional americano, sino que fueron modeladas sobre las ciencias naturales e influenciadas por la ideología clásica del individualismo liberal.

Al final, se produce una paradoja: el análisis de las prácticas discursivas a la base de la Ciencia Política americana resulta posible porque el desarrollo de la sociedad americana y de su sistema político democrático hicieron posible su institucionalización y desarrollo como disciplina y práctica académica (Berndtson 1987). ¿Cómo renunciar de manera absoluta, entonces, al contexto, para analizar no sólo el desarrollo de la Ciencia Política americana sino la disciplina en otras latitudes, so pretexto de no recurrir también a los aportes de la sociología de la ciencia, en su sentido más convencional, y el rol que en ella se la asigna al contexto? ¿es posible, pensar, según la lógica del enfoque internalista propuesto, que la Ciencia Política pueda explicarse a sí misma?

CONCLUSIONES

En el presente artículo nos hemos propuesto dos objetivos. Por un lado, y partiendo del supuesto de la progresiva instalación de una subdisciplina historiográfica especializada, cuyo objeto es la Ciencia Política y su devenir, hemos intentado reconstruir esquemáticamente los debates que sustentan esta empresa intelectual. Dicho sea de paso, es éste uno de los propósitos variados que pueden animar las historias disciplinarias. Frente a las resistencias que se levantan, así como la relativa utilidad para todo tipo de contextos del enfoque que le sirve de base, resulta conveniente escuchar consejos, aunque provengan de

otras toldas disciplinarias. De esta forma, Schmidt (2002) alerta, para el caso de la historiografía de las Relaciones Internacionales, que esa nueva nueva subdisciplina tendrá que poner más atención a los presupuestos teóricos y metodológicos involucrados. En este marco, es importante señalar que los nuevos historiadores disciplinarios reconocen la necesidad de establecer interfases con el rumbo que tome la investigación en la historia y la filosofía de la ciencia, así como la historia de las ideas en general, ya que se supone que surgirán temas más amplios de explicación histórica que podrían trascender las preocupaciones sectoriales de los científicos políticos. Se espera que sea ésta disciplina que permita desenredar los problemas y los interrogantes que emergen de los desafíos metodológicos de nuestra historia disciplinaria (Easton et al. 1995).

En segundo lugar, hemos indicado que el enfoque internalista, señalado como el posiblemente más fértil para los ejercicios de historia disciplinaria en Ciencia Política presenta dificultades, tanto de orden epistemológico y político como metodológico-práctico. Para superar este énfasis endogénico, que evidencia un acento derivativo de la historiografía norteamericana, se necesita impulsar con más ahínco, no sólo la reflexión disciplinaria al interior de los distintos contextos nacionales, sino también esfuerzos de reflexión comparada. Pareciera claro que aludir solamente a los factores externos no resulta del todo suficiente, con el riesgo de pecar de determinismo contextual. Pero anclarse solamente en un énfasis selectivo interno, esencialmente inspirado en la historiografía de la Ciencia Política americana, puede llevar a un voluntarismo epistemológico donde los actores, sus conversaciones, intenciones y discursos constituyen la fuente final de toda explicación.

Otras tareas anexas podrían facilitar esta empresa intelectual: el desarrollo de la investigación interdisciplinaria, puesto que ésta tiende a colocar el foco en dife-

rentes maneras de posicionar las interrogantes relacionadas con la indagación social mediante el estímulo de enfoques similares en disciplinas distintas. No es una empresa menor por cuanto ya hemos podido advertir las resistencias que presentan, distintos sectores al interior de la Ciencia Política, a aceptar desarrollos innovadores en su seno. Por último, responsabilizar nuevamente a la Ciencia Política de este esfuerzo. Así lo propone Ball (1987), quien reivindica la importancia de identificar criterios de progreso disciplinario, asignándole un papel estelar en este esfuerzo a la historia del pensamiento político. Pensamos que esta indicación está ligada, no tanto a los efectos inhibidores que ésta misma área pudiera haber producido en los intentos de reflexión historiográfica del pasado, sino en el potencial que presenta, por disponer de una rica producción que fusiona teorización y esfuerzo historiográfico. Latour (1998) también recalca este potencial cuando señala que la discusión con la Ciencia Política es importante puesto que, desde la época griega, la definición de la política en Occidente pasa por un debate organizado en torno a la distinción entre ciencia y política. Añade que todo lo que se sabe de la política es la mitad de un debate del cual la otra mitad está en las ciencias. Y concluye indicando que, si se retoma esta antigua distinción, se abren una serie de problemas apasionantes de la filosofía política.

En todo caso, el intento de configuración de un nuevo campo de estudio como lo es la historia de la Ciencia Política y sus implicancias introspectivas abre un camino estimulante de cuestiones metodológicas, epistemológicas, sociológicas y políticas que no permiten, para los cultores de la disciplina, mayor postergación. Supone un particular desafío para la Ciencia Política latinoamericana la que, como disciplina y profesión, es un fenómeno de los últimos veinte años, los mismos que tiene la democracia como sistema político estable en la región.

* Agradezco los comentarios de Alfredo Joignant, Angel Flisfisch y Jorge Nef a una versión preliminar de este artículo.

REFERENCIAS

- ALMOND, G. (1999) *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes en las Ciencias Políticas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ALMOND, G. (2001) "Ciencia Política: la historia de la disciplina". En: *Nuevo Manual de Ciencia Política*, editado por Goodin, R. y H. D. Klingemann. Madrid: Ediciones Istmo, 83-149.
- ANCKAR, D. y BERNDTSON, E. (1987) "Introduction" *Internacional Political Science Review*, 8 (1): 1-7.
- ANCKAR, D. (1991) "Nordic Political Science: trends, roles, approaches", *European Journal of Political Research*, 20, 239-262.
- BALL, T. (1987) *Idioms of inquiry. Critique and renewal in Political Science*. Albany: State University of New York Press.
- BALL, T. (1987) "Is there progress in Political Science?". En: *Idioms of inquiry. Critique and renewal in Political Science*, editado por Ball, T. Albany: State University of New York Press, 13-44
- BALL, T. (1999) "Una alianza ambivalente: la Ciencia Política y la democracia estadounidense". En: *La Ciencia Política en la historia*, editado por Farr, J. et al. Madrid: Ediciones Istmo, 61-91.
- BLONDIAUX, L. (1997) "Les tournants historiques de la Science Politique américaine", *Politix*, 40, 7-38.
- BERNDTSON, E. (1987) "The rise and fall of American Political Science", *International Political Science Review*, 8 (1): 85-100.
- BERNDTSON, E. (1991) "Methodological problems of comparative research". En: *The development of Political Science. A comparative survey*, editado por Easton, D. et al. London: Routledge, 34-58.
- CANSINO, C. (1999) *La Ciencia Política de fin de siglo*. Madrid: Huerga y Fierro editores.
- COLLINI, S., Winch, D. y Burrow, J. (1983) *That noble science of politics. A study of nineteenth-century intellectual history*. Bath: Cambridge University Press.
- COLOMER, J. M. (2004) "La Ciencia Política va hacia delante (por meandros tortuosos). Un comentario a Giovanni Sartori", *Política y Gobierno*, XI (2):355-359.
- CRAWFORD, R.M.A. (2001) "Introduction: International Relations as academic discipline: if it's good for America, is it good for the world?" En: *International Relations: still and american social science? editado por Crawford, R. M. A et al.* Albany: State University of New York Press, 1-23.
- CRICK, B. (1982) *The American Science of Politics. Its origins and conditions*. Connecticut: Greenwood Press Publishers.
- DÉLOYE, Y. (2004) *Sociología histórica de lo político*. Santiago: Lom Ediciones.
- DIERKES, M. y M. WAGNER (1992) "European Social Science in transition: conclusions and recommendations". En: *European Social Science in transition. Assessment and outlook*, editado por Dierkes, M. y R. Biervert. Campus Verlag: Westview Press, 611-637.
- DOGAN, M. (2001) "La Ciencia Política y las otras ciencias sociales". En: *Nuevo Manual de Ciencia Política*, editado por Goodin, R. E. y H. D. Klingemann. Madrid: Ediciones Istmo, 150-193.
- DRYZEK, J. S. y LEONARD, S.T. (1995) "History and discipline in Political Science". En: *Regime and discipline. Democracy and the development of Political Science*, editado por Easton, D. et al., Ann Harbor: The University of Michigan Press, 27-48.
- EASTON, D. (1981) *The political system*. Chicago: The University of Chicago Press.
- EASTON, D. (1991) "Political Science in the United States. Past and present". En: *Divided Knowledge: across disciplines*,

- across cultures*, editado por Easton, D. y C. Schelling. Newbury Park: California, Sage Publications, 37-58.
- EASTON, D., GUNELL J. G y GRAZIANO, L. (1991) *The development of Political Science. A comparative survey*. London: Routledge.
- EASTON, D., GUNELL, J. G. y STEIN, M. (1995) *Regime and discipline. Democracy and the development of Political Science*. Ann Harbor: The University of Michigan Press.
- FARR, J., DRYZEK, J. y LEONARD, S. (1999) *La Ciencia Política en la historia*. Madrid: Ediciones Itsmo.
- FROGNIER, A. P. (2002) "Una vue européenne sur le Science Politique française". *Revue Francaise de Science Politique*, 52 (5-6): 641-648.
- GOODIN, R. y KLINGEMANN. D. (2000) "In defence of the New Handbook: a comment on criticism by Schmitter and Gunnell", documento no publicado, 1-8.
- GOODIN, R. y KLINGEMANN, H. D. (2001) *Nuevo Manual de Ciencia Política*. Madrid: Ediciones Istmo.
- GRAHAM L., LEPENIES, W. y WEINGART, P. (1983) *Functions and uses of disciplinary histories*. Holland: Kluwer Academic Publishers.
- GUNNELL, J. G. (1983) "Political Theory: the evolution of a subfield". En: *Political Science: the state of the discipline*, editado por Finifter, A., Washington: American Political Science Association, 3-45.
- GUNNELL, J. G. (1991) "The historiography of American Political Science". En: *The development of Political Science. A comparative survey*, editado por Easton, D. et al., London: Routledge, 13-33.
- GUNNELL, J. G. (1993) *The descent of political theory: the genealogy of an American vocation*. Chicago: The University of Chicago Press.
- GUNNELL, J. G. et al. (1995) "Can Political Science be neutral?", En: *Regime and discipline: democracy and the development of Political Science*, editado por Easton, D. et al. Ann Harbor: The University of Michigan Press, 49-77.
- GUNNELL, J. G. (2002) "Handbooks and history: is it still the american science of politics?". *International Political Science Review*, 23 (4): 339-354.
- GUNNELL, J. G. (2003) The politics of remembrance and the remembrance of politics: the case of the study of the History of Political Theory. En: XIXth World Congress of the International Political Science Association, 30 June to 4 July 2003, Durban, South Africa, 1-29.
- GUNNELL, J. G. (2004) "The real revolution in Political Science", *PS: Political Science & Politics*, Vol. 37 (1): 47-50.
- GUNNELL, J. G. (2004) *Imagining the American Polity: Political Science and the discourse of democracy*. USA: Pennsylvania State University Press.
- HOFFMANN, S. (2001) "An American social science: International Relations", en: *International Relations: still an American social science?*, editado por Crawford, R.M.A. et al., Albany: State University of New York Press, 27-51.
- INOBUCHI, T. (2003) "Political Science in three democracies: disaffected (Japan), third-wave (Korea) and fledgling (China). En: XIXth World Congress of the International Political Science Association, 30 June to 4 July 2003, Durban, South Africa, 1-23.
- JARVIS, D. S. L. (2001) "Conclusion: International Relations: an international discipline?" En: *International Relations: still an american social science?*, editado por Crawford, R. et al., Albany: State University of New York Press, 369-380.
- JENSEN, R. (1971) "La historia y el politólogo", En: *Política y Ciencias Sociales*, editado por Lipset, S. M. Madrid: Guadarrama, 31-78.
- JEREZ MIR, M. (1999) *Ciencia Política, un balance de fin de siglo*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

- JOHNSON, N. (1991) *Los límites de la Ciencia Política*. Madrid: Editorial Tecnos.
- JONES, R. A. (1983) "The new history of Sociology", *Annual Review of Sociology*, 9, 447-469.
- KAZTNELSON, I. y MILNER, H. V. (2002) *Political Science: the state of the discipline*, Washington: American Political Science Association.
- KAVANAGH, D. (1991) "Why Political Science needs History?" *Political Studies*, 39, 479-495.
- KENNY, M. (2004) "The case for disciplinary history: political studies in the 1950s and 1960s" *British Journal of Political and International Relations* 6, 565-583.
- LATOUR, B. (1998) "Conversaciones con Bruno Latour. Tendencias en Sociología de la Ciencia y de la Técnica" *Talón de Aquiles*, 6, 14-20.
- LOWI, T. (1992) "The state in Political Science: how we became what we study" *American Political Science Review*, 86 (1): 1-7.
- LYNN, Naomi B. (1983) "Self-portrait of political scientist", En: *Political Science: the state of the discipline*, editado por Finifter, A. Washington: American Political Science Association, 95-119.
- MCDONALD, T. (1996) *The historic turn in the human sciences*. Michigan: University of Michigan.
- MACKENZIE, W. J. M. (1972) *Política y Ciencia Social*. Madrid: Aguilar.
- MACKENZIE, W. J. M. (1973) "La Ciencia Política". En: *Tendencias de la investigación en Ciencias Sociales*, editado por Lazarsfeld, P. F. et al. Madrid: Alianza Universidad, 439-528.
- MARSH, D. y SAVIGNY, H. (2004) "Political Science as a broad church: the search for a pluralist discipline". *Politics* 24 (3): 155-168.
- MONROE, K. (1990) "The nature of contemporary Political Science: a roundtable discussion" *PS: Political Science & Politics*, 23 (1): 34-43.
- NEGRETTO, Gabriel L. (2004) "Nota del editor. El rumbo de la Ciencia Política" *Política y Gobierno*, XI (2): 347-348.
- NEWTON, K. y VALLÉS, J. (1991) "Introduction: Political Science in Western Europe 1960-1990" *European Journal of Political Research*, 20, 227-238.
- PASQUINO, G. (1998) "Naturaleza y evolución de la disciplina". En: *Manual de Ciencia Política*, editado por Pasquino, G. Madrid: Alianza Editorial, 15-35.
- RICCI, D.M. (1984) *The tragedy of Political Science. Politics, scholarship and democracy*. USA: Yale University Press.
- ROSE, R. (1990) "Institutionalizing professional Political Science in Europe: a dynamic model" *European Journal of Political Research*, 18, 581-603.
- SCHMIDT, B. (2002) "On the history and historiography of International Relations", En: *Handbook of International Relations*, editado por Carlsnaes, W., London: Sage Publications, 3-22.
- SEIDELMAN, R. y HARPHAM, E. (1985), *Disenchanted realist. Political Science and the american crisis 1884-1984*. Albany: State University of New York.
- SMITH, Rogers M. (1996) "Science, non science and politics". En: *The historic turn in the human sciences*, editado por McDonald, T. Michigan: University of Michigan, 159-199.
- SMITH, Rogers M. (1997) "La quête américaine d'une science politique démocratique et scientifique", *Politix*, 40, 58-87.
- SOLA, G. (1996) *Storia della Scienza Politica. Teorie, ricerche e paradigmi contemporanei*. Roma: La Nuova Italia Scientifica.
- SOMIT, A. y TANENHAUS, J. (1988) *El desarrollo de la Ciencia Política estadounidense*. México: Ediciones Gernika.
- STEIN, M. (2003) "Is Political Science still considered to be the american science of politics by practitioners and historians of the discipline? A dissenting view. En: XIXth World Congress of the International Political Science Association, 30 June to 4 July 2003, Durban, South Africa, 1-29.

- TORRES ALBERO, C. (2001) *Sociología política de la ciencia*. Madrid: CIS/Siglo XXI Editores.
- VON BEYME, K. (1973) "Political Science". En: *Marxism, comunism in western societies. A comparative encyclopedia*, editado por Kernig, C. D. Nueva York: Herder & Herder, 361-376.
- WITTROCK, B. (1992) "Discourse and discipline: Political Science as project and profession", En: *European Social Science in transition: assessment and outlook*, editado por Dierkes, M. y Bievert, B. CampusVerlag: Westview Press, 268-610.
- WRIGHT MILLS, C. (1995) *La imaginación sociológica*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.